

cándose además sus cualidades, y complicándose á cada paso las fábulas. Pero de la mitología pélagica, simbólica y teológica que presidió á los primeros movimientos de la civilización griega, poco ó nada conocemos, porque en la excisión entre el sacerdocio y la poesía, solo sobrevivió en los misterios y en los mitos cuyo significado se perdió, tanto que Homero y Hesíodo al referir algunos de sus fragmentos, dan muestra de no entenderlos.

Dioses
de
Homero
y de
Hesíodo.

Al aparecer estos dos poetas se disipan las tinieblas que cubren el santuario de los Pelasgos; y cuando Herodoto dice (1) que ellos habían inventado la teogonía, quiere significar que la Grecia había olvidado sus orígenes religiosos y que reputaba creadores á aquellos que los habían reanudado. Porque la poesía engalana, si, pero no crea; y estos dos grandes ingenios presentaron en cantos heróicos, como verdaderas personas, las fuerzas de la naturaleza y los atributos del Ser Supremo ya personificados, atribuyéndoles accidentes humanos, con funciones distintas y carácter propio. Los dioses de Homero son divinidades de tribu en un todo locales; los distinguen de los hombres la agilidad y la grandeza de cuerpo (2), y su robusta voz; se hacen invisibles cuando quieren, y pueden también dar esta cualidad á sus protegidos. El Olimpo parece una corte de príncipes griegos, donde los inmortales pasan el día en cantos, juegos, ejercicios corporales, y banquetes, bebiendo la ambrosía, sin la cual cesaría su inmortalidad. Gozan de una vida mas larga que la nuestra y pueden extender este don á sus predilectos, pero no librarlos de la muerte en el tiempo perfijado por el Hado, divinidad superior á todas. Es superfluo repetir en este lugar las sabidas acusaciones dirigidas á Homero por la manera escandalosa con que presentó á los dioses haciéndoles pendenciosos, malignos y pueriles. Su gran mérito está en lo exquisito del gusto, por el cual vino á ser el creador de las bellas artes; todo en él es ingenuo, nada complicado ni arcano; y cuando canta

Dijo, y las cejas inclinó cerúleas,
El hijo de Saturno, y los cabellos
Divinos del excelso se crizaron
En la inmortal cabeza, y el Olimpo
Inmenso retembló,

los símbolos mas ó ménos toscos del Júpiter antiguo van desapareciendo, y el señor de la naturaleza y rey de los dioses se presenta con el aspecto en que Fídias lo representará despues.

Hesíodo, aunque posterior á Homero, conserva mayor parte del genio simbólico y alegórico de la antigüedad y del sentido primitivo de los mitos religiosos. El Cáo, la Tierra, el Tártaro, el Amor, son en él los entes primordiales, simbolizándose en el primero el espacio vacío, la

(2) Lib. II. 35.

(3) Marte ocupa siete yugadas de terreno; Neptuno de tres pasos recorre la distancia que hay del cielo á la tierra.

naturaleza que comprende el todo en su seno; en la Tierra la generacion de todas las cosas; en el Tártaro la inclinacion de lo creado á volver al Cáo; en el Amor el principio que mueve, une y conserva. Del Cáo nacen el Érebo y la Noche y de estos el Éter y el Día. La Noche luego engendra por sí misma la Suerte, el Destino, la Muerte, el Sueño, los Ensueños, Momo ó la Risa, las Aflicciones, las Hespérides, las Parcas, la Penas divinas, Némesis, el Engaño, la Amistad y la Discordia. De esta última nacen la Fatiga, el Olvido, el Hambre, los Dolores, los Litigios, los Asesinatos, las Batallas, la Destrucción de los hombres, las Disputas, las Palabras engañadoras, las Delaciones, la Injusticia, la Iniquidad, el Juramento. Véase aquí cómo se combina la cosmogonía con la moral; de cuya combinacion surgen una infinidad de personificaciones.

La Tierra produjo á Urano ó el Cielo, los montes, el abismo y el Océano; y desposada con este engendró muchos dioses, siendo los mas notables de todos el impenetrable Cronos ó el tiempo y los Gigantes. De esta manera van saliendo todos los cuerpos y existencias. Cronos devora á todos sus hijos hasta que nace Júpiter, que no solo se libra de su boca, sino que le obliga á devolver cuanto devoró, y liberta á los Cíclopes encadenados, que en recompensa le forjan los rayos, con los cuales vence á su propio padre. Así, á lo absoluto sucede lo inteligible, al tiempo confuso el tiempo ordenado segun los astros, al ser sin inteligencia ni conciencia el Júpiter conciencia ó inteligencia. Este vence á los contumaces Titanes, es decir, á las fuerzas ciegas de la naturaleza, y distribuye entre los hijos de Cronos las dignidades y el imperio del mundo, reservándose para sí el cielo y la supremacia; á Neptuno corresponde el mar, á Pluton el infierno; la tierra y el Olimpo quedan indivisibles (1).

En un país como la Grecia en que todo era vida y rapidísima alternativa de sucesos, á cada paso se presentaba ocasion de recurrir á los dioses pidiendo consejos y predicciones; de aquí el que los oráculos tuvieran mayor crédito que en cualquiera otro pueblo. Admitida la intervencion inmediata de la Divinidad en las operaciones de este mundo, fácilmente se extiende á todos los casos, y el hombre privado que no puede consultar la sagrada cortina, quiere encontrar respuesta en cuanto le circunda, en los vientos, en los animales, y particularmente en los sueños. El poeta cómico se burlará de estos augurios y los despreciará el filósofo; pero el pueblo los buscará siempre con avidez, y aun los busca hoy despues de tantos torrentes de luz como han caído sobre las inteligencias. De

(1) Heine, Wolf, Fr. Thiersch y otros eruditos siguiendo al Holandés Rudken, solo vieron en la *Teogonia* una indigesta compilacion atestada de interpolaciones y remendada con fragmentos antiguos. Al contrario Guignault en su refundacion de la *Simbólica* de Creuzer pretende demostrar su utilidad y armonía. Véase la nota O.

aquí el que se mezclase la religion en todas las acciones de los Griegos: no hay poeta, historiador ú orador que no llene sus escritos de dioses; en los movimientos políticos se calculan siempre las razones místicas, y en la vida para cada cosa hay una oracion; los sacrificios son hasta de ciento y de mil animales (1); cada convite tiene sus libaciones, cada arte su patron, cada casa su oratorio, cada campo su guardador, cada hombre su númen tutelar; y Platon recuerda con devota compuncion, que al salir la luna y al ponerse el sol, Griegos y Bárbaros todos se inclinaban para rendir acatamiento á la Divinidad.

Fiestas.

Las fiestas particulares multiplicaban las ocasiones de ostentar riquezas y belleza artística; y además las había también comunes y más solemnes. Herodoto atribuye á Danao y á sus hijas la institucion de las Tesmoforias, comunes á toda Grecia, desde donde se propagaron á las colonias, y pone esta institucion en el siglo XVI, esto es, en época anterior á las Eleusinas. En Eleusis se celebraba á Ceres tesmófora, es decir, legisladora, y alrededor del templo se llevaban las tablas en que se suponía haber dado ella misma las primeras leyes escritas.

Las fiestas tesmoforias de Atenas, prohibidas á los hombres bajo pena de muerte, eran presididas por dos mujeres de buena familia, escogidas por cada tribu. Celebrábanse por la sementera de otoño, y hacían alusion á estas y á las bodas; por lo cual se representaban en ellas los órganos sexuales y se practicaban ritos de manifiesta obscenidad. En ellas se representaban también escenas, unas alegres, otras tristes, convenientes á la báquica inspiracion, y que se explicaban por los gemidos y alegría de Ceres cuando iba en busca de Proserpina.

Á estas se asemejaban mucho las fiestas eleusinas. Presidíalas el arconte rey, que tenía el derecho de excluir de ellas á los que hubiesen incurrido en las faltas señaladas por las leyes, y ofrecía sacrificios por todos los habitantes del Ática. Le asistían cuatro epimeletas, de los cuales dos eran elegidos entre el pueblo, y los otros dos en las familias de los Eumolpidas y de los Cericidas. Las demás ciudades de Grecia mandaban diputados que asistiesen á las fiestas, como homenaje rendido á la metrópoli de este culto. Los sacerdotes mayores eran el hierofante, el daduco, el hierocerice, el epibomio, todos Eumolpidas y Cericidas. De la familia antigua de Eumolpo se elegía el hierofante, gran sacerdote del Ática, mistagogo, profeta, el principal en los grandes y pequeños misterios, que introducía á los novicios en el templo, y los admitía á los grados supremos de las doctrinas secretas. Escogíasele de edad provecta y de austeras costumbres, y obtenido el sacerdocio, debía renun-

ciar al comercio marital (1), y su nombre sagrado quedaba oculto hasta despues de su muerte. Los sacerdotes inferiores y las sacerdotisas (hierofantidas, profantidas) eran muchísimos. Estaban por la ley excluidos de las fiestas el que no fuese Griego, los esclavos, los hijos ilegítimos y el homicida, aunque lo hubiera sido involuntariamente.

Á la celebracion de los misterios parece que precedía una especie de confesion de los pecados. Créese que eran tres los grados de los iniciados: Telestos, Miistos y Epoptos. Los misterios menores celebrados en Agra no eran, propiamente hablando, mas que una preparacion para los mayores, y consistían principalmente en ceremonias expiatorias y purificaciones é instrucciones preparatorias. Los misterios mayores se dividían entre Atenas y Eléusis, y son poco conocidos sus ritos, así como la explicacion de sus fórmulas sacramentales. Quizá trascurrian años antes de pasar desde el infimo grado de iniciacion al supremo, lo que se efectuaba en el sexto día de las fiestas. Al volver á Atenas los iniciados, eran recibidos con burlas por los vecinos que salían á verlos, á las cuales contestaban con la misma libertad.

¿ Pero hasta qué punto contribuía á perfeccionar la moral el homenaje rendido á la Divinidad? La religion justificaba demasiado la corrupcion de costumbres. Aristóteles en la prohibicion de las imágenes deshonestas excluye las de los ídolos (2). Platon prohíbe el embriagarse á no ser en honor de Baco (3); y prescindiendo de las atrocidades y disolucion de que antes hemos hablado (4), añadiremos que en los casos mas graves se exponían meretrices á Vénus, atribuyendo la salvacion á la intercesion de estas (5); y cuando el patriotismo mas generoso venció á Jérges, se dedicó al templo un cuadro con los votos y procesiones de tan miserables mujeres, y con versos de Simónides que decían: *Estas rogaron á la diosa Vénus, la cual por su amor ha salvado la Grecia.*

La parte moral de la mitología griega estaba en aquellas personificaciones abstractas de la jurisprudencia, como Témis, Eunomia, Dica, Irene, las tres Parcas, y las Euménides las mas antiguas y principales, las cuales velaban por el cumplimiento de las tres disposiciones mas importantes de la ley primitiva, á saber, consagrar el hogar doméstico, defender las posesiones, sancionar los pactos. Estas inexorables perseguidoras del delito cantan en Esquilo: « El que tiene puras sus manos, nada teme de nuestra ira y vive tranquilo; pero el culpado que esconde sus manos parricidas, nos ve prontas á vengar á los muertos, y á pedirle cuenta de la sangre vertida: nuestros vigo-

Moral.

(1) Cresos ofreció tres kilombes ó sacrificios de mil cabezas para tener propicios á los dioses contra Ciro; y ordenó que los Lidios inmolasen cuantos animales pudiesen. Conocida es la hecatombe de Pitágoras.

(1) SAINT-CROIX, I, pág. 219-222.

(2) *Política*, VII.

(3) *Leg.*, VI.

(4) Véase la pág. 323.

(5) ATENEO XIII.

» rosos golpes alcanzan de lejos al delincuente; » en vano es que huya, nuestro pié lo detiene, y » cae. Nuestra víctima debe oír los cánticos del » delirio, del furor, de la desesperación, los » himnos de las furias no acompañados de la » lira, que encadenando los ánimos, desecan » también los corazones. » Pero á pesar de esto la ira de las Euménides y las penas de la otra vida solo se referían á las acciones estrepitosas y á las grandes iniquidades; teniendo por lo demas la religion poca ó ninguna influencia en las acciones cotidianas y en la voluntad, ántes bien excitando los sentidos y la imaginación, insinuaba un vasto egoísmo y dejaba al hombre sin decoro: me refiero al hombre libre, porque en cuanto al esclavo, nada habia en ella que lo consolase ó levantase. En efecto, la sublime y animadora idea de la dignidad humana no existe en los escritores antiguos; y la moral es un sistema arbitrario, sujeto á todas las sutilezas de los sofistas, á las variaciones del tiempo y de las circunstancias, á la modificación de las pasiones.

Entretanto la civilización crecía, y no se economizaba la sátira contra aquellos dioses malhechores ú obscenos (1); la ciencia, explicando naturalmente muchos fenómenos, propagaba el desprecio sobre las causas divinas á que eran atribuidos; y cuando el báculo del sacerdote se encontraba en oposición con la espada del poderoso ó con el estilo del filósofo, se descubrían las imposturas. Entónces pretendían las religiones mejorarse por medio de abstractas sutilezas; pero estas no arraigaban en el tronco de las creencias: los filósofos echando de ver sus extravagancias, las combatían, pero no sabían crear nada mejor.

En este punto nos encontraremos en Grecia y en Roma la filosofía frente á frente con la religion. Si esta en Oriente era misterio de ciencia y de veneración, en Occidente fué misterio de ciencia y de incredulidad. En los misterios se aprendía que cuanto el vulgo adoraba, era mentira (2); pero no por esto se atrevían los sabios á descorrer aquel velo, conociendo el gran daño que de esto podía resultar. Á la manera, pues,

(1) Eurípides ante un pueblo que adoraba á Apolo usa este lenguaje en su *Io*: « ¿Cómo no he de vituperarte, oh Apolo? » ¿abandonar á una jóven inocente despues de haberla seducido y dar muerte al niño de quien fuiste padre? ¡Oh, cuán indigno es esto de ti! ¡Sitienes derecho de mandar impera por la virtud. Los dioses castigan á los mortales de corazón perverso: ¿es justo que vosotros que escribisteis las leyes que nos gobiernan seáis los violadores de las leyes? Si llegare un día en que los hombres os hiciesen pagar la pena de vuestras violencias y de vuestros culpables amores, Neptuno, Júpiter y tú Apolo os veriais obligados á despojar los templos para satisfacer la deuda de vuestras iniquidades. Si á vosotros os arrastran indignas pasiones, ¿qué extraño es que los mortales se acumbamos á ellas? Y si imitamos vuestros vicios, ¿es culpa nuestra ó de aquellos cuyo ejemplo seguimos? »

Véase L. F. Alfred. — Es una obra que entre las modernas contiene el mayor desarrollo de los problemas que conciernen á esta materia, y donde se encuentran todos los resultados obtenidos hasta hoy sobre un particular tan interesante. — (Nota de 1862).

(2) Aristóteles. *Met.* III. 4, dice que no merecían la pena de ser tratadas seriamente las doctrinas mitológicas de los antiguos teólogos.

que en Oriente y en Egipto, el saber estaba encerrado en el santuario, en Grecia lo estaba en las escuelas; ni en una ni en otra parte era libre. El filósofo renegaba de la propia conciencia, y veneraba en el templo aquello de que se burlaba interiormente: de no hacerlo así, le esperaba la suerte de Sócrates y de Anaxágoras. ¿Qué medio le restaba? Replegarse á la parte especulativa de la ciencia sin curarse de la educación de la multitud. Esta en los tiempos de Alejandro y de Augusto era tan ignorante como en los dias de Licurgo y de Numa; y todavía se condensaron las tinieblas como para oponer una masa mas compacta de errores y de ignorancia á las negaciones de algunas pocas inteligencias privilegiadas.

¿Hubiera sucedido esto si fuese la religion invención humana? En tal caso se habria perfeccionado como lo restante del saber y como la civilización material; pero por el contrario empeoró á medida que se apartó de su fuente, y llegó al punto en que por necesidad habia de caer, para dar lugar á otra revelación que redujo á sus justos límites á la naturaleza, usurpadora de la Divinidad.

CAPÍTULO XXXII

Los Heráclidas.

Aquí enlazando de nuevo la narración, diremos que la guerra de Troya, esto es, el hundimiento definitivo de la raza pelásgica, conmovió todos los reinos del Asia Menor y de la Grecia, produciendo cambios de dinastías, emigraciones, colonias, variaciones que, en tanta escasez de memorias, apenas puede seguir el historiador. Las desventuras de los jefes permitieron levantarse de nuevo á las razas por ellos subyugadas; y los Tracios se libertaron del yugo de Tébas; los Tesprotas Tesalios conquistaron la Emonia que llamaron Tesalia; los Dorios, bajando de los montes, arrojaron á Pirro de la Ftiotide en el Epiro, Idomeneo fué expulsado de Creta; y Teucro fué á fundar á Salamina en Chipre.

Con esto cobraron mayor ardimiento los Dorios. Había en sus tradiciones nacionales un antiguo héroe, famosísimo bajo el nombre de Hércules, y creyeron reconocerlo en el dios fuerte, cuyo culto habia sido trasplantado por las colonias orientales á la Argólida, á Grecia y á Beocia. Deseando bajar de sus estériles montañas á los fértiles campos del Peloponeso, tejieron para encubrir la violencia una genealogía, por la cual pretendían el derecho de ocupar aquellos países. Dijeron, pues, que Perseo, fundador de Micénas, engendró á Electrion, Estenelo y Alceo; y que este último tuvo por hijo á Anfritrion, el cual tuvo de Alcmena á Hércules, convertido en el simbolo de la fuerza empleada en pro de los primeros hombres civilizados, y despues en fantasma desmesurado

erigido entre el cielo y la tierra como para llenar aquel vacío.

Habiendo Euristeo, hijo de Estenelo, ocupado solo el poder en daño de Hércules, se originaron de aquí largas y atroces enemistades. Los Heráclidas sucumbieron; y la casa misma de Euristeo declinó de suerte que fué suplantada por la raza de Pelope, de donde tomó nombre el Peloponeso.

Los Heráclidas no cesaron de hacerle la guerra como usurpadora, y para su mejor éxito se ligaron con las salvajes tribus del Norte, principalmente con los Dorios de la Tesalia, y á la cabeza de los cuales y de los Etolios invadieron el Peloponeso. Habíanlo ya intentado en vano en tiempo de Ilo, hijo de Hércules; pero en esta época, Telefo, Gresfonte y Euristenes y Prócles, hijos de Aristodemo, envalentonados con las desventuras de los príncipes, consiguieron ocuparlo, y habiéndosele arrebatado á los Pelópidas, se repartieron entre sí la península. Así Argos, Esparta, Mesenia, y Corinto, de aqueas vinieron á ser dóricas: y en la antigua Epea se establecieron los Etolios y llamaron Elide. Los Arcades se mantuvieron libres, y recibieron en su seno á las fugitivas poblaciones pelásgicas.

Como la ola que empuja á otra ola, así se empujaron unas á otras todas las tribus de Grecia. Los Aqueos arrojados de la península se refugiaron en Egialea, que desde entónces se llamó Acaya, y donde tuvieron doce ciudades confederadas, á saber: Bima, Oleno, Egina, Bura, Fares, Tritea, Pellene, Leoncio, Cerinea, Egia, Helice y Pátras. La Mesenia quedó casi desierta bajo el dominio de Gresfonte; Telefo reinó en Argos; los descendientes de Aristodemo dominaron por espacio de novecientos años en la Laconia, cuyas cien ciudades quedaron reducidas á veinticinco aldeas: y la mayor parte de la Grecia se vió sumida en la barbarie.

Los Jonios evacuaron el continente á excepción del Ática, donde fueron acogidos como de origen análogo y donde muy pronto alcanzaron gloria y poderío. Fuera de ella ocuparon casi toda la Eubea, y muchas islas del Archipiélago, y predominaron en las costas del Asia Menor, adonde llegaron con los hijos de Codro, fundando á Éfeso, Colofon, Focea, Clazomene, por lo cual este país tomó el nombre de Jonia: allí tambien fundaron los Eolios, conducidos por los descendientes de los antiguos Atridas, doce ciudades, de las cuales la principal era Esmirna, y por esto se llamó al país Eolia; y en la isla de Lésbos edificaron la ciudad de Mitilene. Una parte de los Dorios se esparció por las islas de Creta, Ródas, Cos, y por el Asia Menor, en la cual fundaron á Halicarnaso, Gnido y otras ciudades de la Dóride; y otra parte se dirigió á la Italia Meridional y á Sicilia.

Semejante confusión, que duró mas de un siglo, se parece á la que hubo en nuestra edad média, pues que dislocándose, reuniéndose, ó

coordinándose todo en un movimiento sin objeto, se constituyeron las nacionalidades que entónces equivalían á la ciudades italianas de aquella edad. La civilización que vino despues no borró los vestigios primitivos de estas. Los Dorios siguieron apegados á las costumbres de sus mayores; dedicados á las armas se pagaban de títulos sacados de la edad y de la familia, por cuya razon el gobierno estaba en manos de los nobles y de los ricos. Los Jonios, mas volubles y coléricos, gustaban de los cambios y placeres de la vida; eran aficionados á la navegacion y al comercio; y muy pronto sustituyeron á la aristocracia la soberanía popular, hasta el punto de sacrificar á ella el orden público y la tranquilidad interior.

Estas diferencias fueron otra de las causas por las cuales la Grecia no llegó á unificarse nunca, y que tuvieron en rivalidad perpétua á sus dos ciudades principales. Como es costumbre de las emigraciones, conservaron las divisiones patrias, y Herodoto dice sobre esto (libro I) que los Jonios estaban en la Jonia divididos en doce cantones, segun las doce ciudades que habian poseido en el Peloponeso. Por este autor sabemos tambien que usaban cuatro dialectos (1): uno los Milesios, otro los Lidios y los habitantes de Éfeso, Colofon, Lebédos, Téos, Clazomene y Focea; otro la isla de Chio y la ciudad de Eritrea, y otro la isla de Sámos.

Esta invasion, que impropriamente se asimila á colonias dóricas, aumentaba los padecimientos de los individuos, pero preparaba grande alivio para los males públicos. Las razas septentrionales estaban avezadas en sus países á la independencia personal, y su indómito vigor no consentía que se sometiese á un déspota la voluntad propia. En la guerra obedecían á un jefe, pero este cesaba cuando aquella, y la voluntad general era la ley. Enardecía semejante espíritu el tumulto de las invasiones, en las cuales estaba obligado el hombre á ejercitar su fuerza, y perdía su influencia toda clase de organización social.

Por tanto, á la edad heroica y feudal sucedió la comunal de las ciudades, la única posible segun el espíritu de libertad helénico, y reemplazó al carácter mitológico el comercial é industrial.

Esto hizo mas marcada la distinción entre el Oriente y la Grecia, poniendo la fiereza del Norte un dique á la debilidad asiática. Los Griegos, que al principio vivían bajo el dominio de reyes, expulsaron á las dinastías, ó restringieron sus facultades, y establecieron gobiernos en commun, que trasplantaron á las colonias; de modo que solo el apartado Epiro conservó la monarquía.

Entónces se creó el sentimiento de la libertad política, característico de la nacion griega, el cual nos advierte que al llegar aquí entramos ya en la historia europea. Las colonias exten-

(1) Τρόπους τέσσαρας. Lib. VII.